

EN LOS PICOS DE EUROPA

MACIZO CENTRAL

Por ELI OJANGUREN

Premio Meritorio del II Concurso de Literatura de Montaña «Trofeo José María Pecina»

Al Club Deportivo de Eibar, bajo cuya enseña se propaga la afición a la práctica de los deportes.

INTRODUCCION

Todos recordarán y más aún los que en aquel mal llamado verano, llevaron a cabo excursiones a la Alta Montaña, la inestabilidad del tiempo y las temperaturas tan bajas que «disfrutamos», habiéndose hecho acreedor al nombre de «invierno benigno».

No es mi pretensión, al escribir estas líneas, el querer excusarme por no haber podido llevar a cabo todo el proyecto que de un principio abrigábamos, que, si por una parte era bastante «concentrado» para los días que disponíamos, estaba casi condenado desde el principio por la inestabilidad del tiempo, como he dicho más arriba, que se presentaba con aspecto invernal. Ahí era nada, teníamos preparada la travesía al Macizo Central, con las ascensiones al Llambrión, Tiro Tirso, Torre Blanca, Tiro Llago, Madejuno, Tesorero, Torre Cerredo y Naranjo de Bulnes. Vendría luego el descenso a Camarmeña, la travesía del Cares y la del Macizo Occidental con las ascensiones a los dos Peñas Santas, para terminar en Covadonga.

Hermoso proyecto, ambicioso quizás, pero factible; con vistas a ello nos lanzamos a un entrenamiento intenso no interrumpido ni los días de dudoso tiempo, que nos llevó a una puesta a punto aceptable.

La víspera de la salida, se me presenta mi compañero alegando que un trabajo urgente presentado a última hora, que le retiene aquí un día más. Bueno, ya empiezan las contrariedades. A pesar de ello, y del día lluvioso que se presenta el día de la salida de Eibar, allá vamos alegres y llenos de ilusión. ¡Qué poco pensábamos entonces en las condiciones tan invernales en que se nos iba a presentar la montaña!

«Y va la segunda...» En Unquera, hace rato que ha salido el autobús que nos llevaría a Potes para coger seguido el de Espinama. Ahora tendremos que esperar al último y perder un día en Potes. Salir de aquí a la tarde para hacer noche en Espinama y, finalmente, irnos a la montaña a la mañana del siguiente día.

Pero cuidado que somos testarudos. Quizás todavía todo puede salir bien. ¡Quién sabe!...

Desde luego, de optimismo vamos bien servidos.

AI SON DE LA CABALLERIA

16 DE AGOSTO DE 1954

Clic cloc, clic cloc, cli... El acompasado sonido del caminar de la caballería, llena nuestros oídos. Marchamos al paso impuesto por él mismo por la carretera (?) que sube a los prados de Aliva desde Espinama, cuyo pueblecito lo dejamos atrás hace unos minutos. No hay pérdida ni mal tiempo. Seguimos optimistas a pesar de todo. ¿Que ha nevado estos últimos días en la montaña?, bueno, lo demás también suele haber nieve, poco más o menos no lo notaremos. Hay uno que no está de acuerdo con nuestra opinión y es el guía el que da el primer tijeretazo a nuestro optimismo. El Hoyo Trasllam-

brión y gran parte de la montaña está cubierta de nieve, además la caballería no podrá subir hasta los Horcados Rojos como era nuestro deseo, lo más hasta la Vueltona y gracias. Este pequeño revés no me agrada nada. Nuestras mochilas pesan treinta kgs. cada una. La idea de que me la tengo que llevar al hombro, hace que me corran calambres a lo largo de la espina dorsal. Miro a mi compañero, a éste no parece afectarle mucho y, haciendo un gesto significativo, añade:

—¡Bah!..., lo más probable es que le esté echando un poco de «cuento» y eso se arregla con una «propi».

Bueno, ya lo veremos. A pesar de su optimismo no las tengo todas conmigo

Formamos momentáneamente un grupo de seis. Tres bilbaínos que se dirigen al Collado Jermoso después de ascender a Peña Vieja, el guía, mi compañero J. M.^a Cortázar y yo. Entre los cinco hemos alquilado la caballería que con la pesada carga va abriendo camino con su rítmico caminar: clic cloc, clic cloc, clic...

En el Invernal de Güedri nos detenemos un rato ,aprovechando para saborear el aroma de un cigarrillo, acompañado por un trago de vino que en una bota llevan nuestros accidentales compañeros de Bilbao. Por nuestros comentarios se desprende el contento que nos embarga. Está visto que no hay cosa que alegre más a un montañero que la compañía del buen tiempo, que llena de ánimo el corazón ante la magnífica perspectiva de llevar a buen fin la excursión tantas veces planeada, desde tiempo atrás, siempre a la espera de las vacaciones que nos permitirá vivir días de agradable recuerdo, allá en las montañas que tantas veces recorrimos con la imaginación y en las cuales ahora íbamos adentrándonos llenos de satisfacción, desbordante, que claramente se reflejaba en nuestras conversaciones.

«¡En marcha! A ver, que se ponga ese al estribo». Es el guía quien dice esto, dirigiéndose a mi compañero.

Salidos de Espinama, y después de haber caminado largo rato, las mochilas bien colocadas al principio se han movido, peligrosamente. Sobre la marcha el guía se ha dedicado a colocarlas, mientras mi compañero dirigía la caballería. Ahora le reclama de nuevo para que prosiga, y a él parece haberle gustado el oficio.

Hay protestas por parte de algunos a la orden de marcha. ¡Si no hemos hecho más que sentarnos! No hemos fumado ni medio cigarro, además podíamos dar otro trago a la bota.

—Aquí acostumbro a parar siempre unos cinco minutos para poder contemplar el magnífico panorama que se divisa, explica el guía.

Es verdad, abajo se ve el estrecho valle de La Liébana, donde asienta su cauce el río Deva que nace un poco más arriba, al pie del mirador del cable en la fuente Dé. Hacia el Sur, las cumbres de la cordillera Cantábrica, que extiende en una amplia zona su rosario de montañas. Enfrente la clásica figura del Pico Valdecoreo, con su vertical pared, bajo la cual crece un bosque de variados matices. El conjunto por su aspecto me hace recordar mi tierra vasca, únicamente faltan los caseríos, iguales montañas, iguales bosques e igual fondo: montañas y montañas sin fin...

Poco a poco, aunque a regañadientes todos nos ponemos en marcha; caminamos queriendo abarcar todo. Sin duda alguna, donde más se asientan nuestras miradas es en el Pico Valdecoreo. Desde que salimos de Espinama hace unos cuarenta minutos lo tenemos delante pero, es que uno no se cansa de mirarle. Llegamos a Las Portillas, es la entrada al Coto Nacional de caza. Para nosotros significa la entrada a la montaña. El camino pierde desnivel, vamos ahora en medio de una angosta cañada que recorre el riachuelo Nevandi. A la izquierda, una cruz junto a una fuente nos hace recordar un accidente. La cañada poco a poco se ensancha, dentro de un rato vamos a llegar a los prados de Aliva. El riachuelo cantarín une su murmullo al rítmico paso de la caballería y de-

marca a la derecha el Macizo Oriental y a la izquierda el Macizo Central. ¿El Macizo Central he dicho? ¡Qué emoción!, me dan ganas de gritar... No puedo contenerme...

¡Yupí...!

El grito domina el ambiente, se extiende y luego se apaga quedando sólo lo que tan familiar se nos ha hecho a los oídos desde que comenzamos a caminar esta mañana, clic cloc, clic cloc, clic...

DESCRIPCION

Los Picos de Europa, imponente macizo recoso de composición caliza, asienta su agreste configuración repartiéndola en las provincias de Santander, Asturias y León. Eleva su altitud máxima a 2.640 m., cuya cota alcanza en el Llambrión, anteriormente se le consideraba al Cerredo como el mayor, quien a su vez había descartado al Peña Vieja, ya que en un principio era ésta a quien se le consideraba como la más alta cumbre de los Picos de Europa, situadas las tres en el Macizo Central, siendo este macizo aparte de lo señalado y calibrándolo, desde el punto de vista del montañero el más importante de ellos. El Macizo Oriental es el menos importante, conociéndosele también con el nombre de Macizo de Andara. Su altitud máxima es de 2.445 m. en el Tabla Lechugales, las ascensiones a éste así como al Pico Cortés, los dos más importantes, pueden realizarse desde Aliva. El Rfo Duje es el verdadero límite entre los dos Macizos siendo su origen las fuentes del Resalao y la de las minas de la Providencia, situadas ambas hacia el límite Occidental de los prados de Aliva, al pie de los paredones de la vertiente E. del Peña Vieja. Este río recoge a su paso las aguas de numerosas torrenteras siendo a su vez tributario del Cares en Puente Poncebos.

HACIA COLLADA TORRE BLANCA

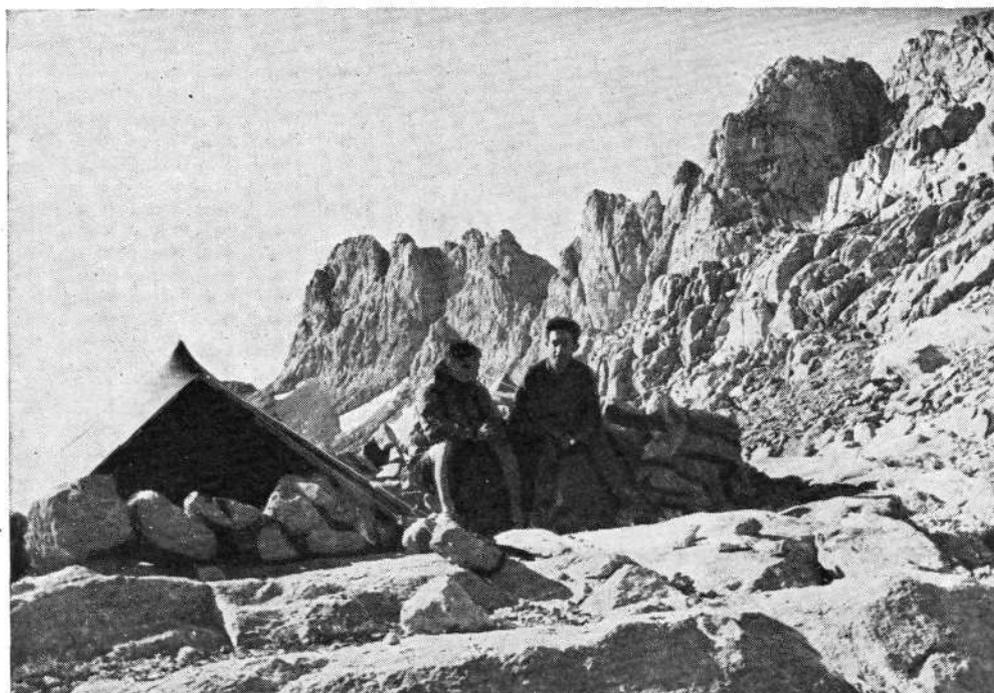
Sentados junto al parador de Aliva, situado al pie de la parte terminal E. de los Cuetos de Juan Toribio, tomamos un pequeño refrigerio. Desde Espinama nos ha llevado dos horas caminando a un paso normal, sin habernos detenido más que el breve descanso tomado en el Invernal de Güedri. Aquí en Aliva —cuyo parador es propiedad del Patronato Nacional de Turismo y que este año se encuentra cerrado— nos detenemos cuarenta minutos, teniendo el tiempo más que suficiente para comer y fumar tranquilamente tomando el sol.

¡Así da gusto!

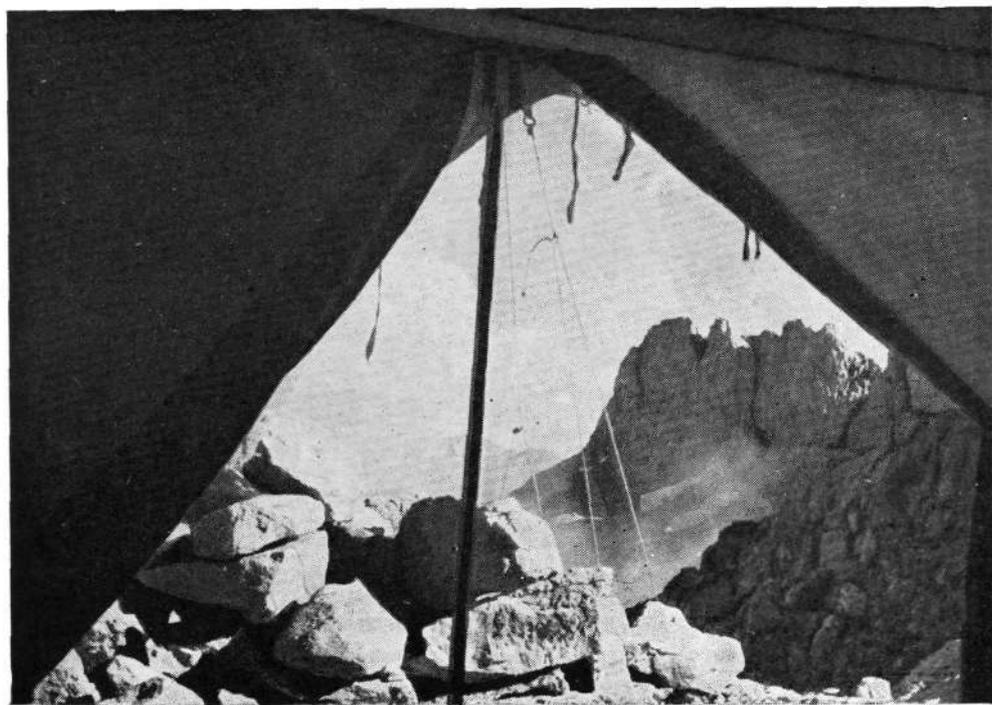
Bueno, ya estamos otra vez en marcha, subimos en dirección a los paredones del Peña Vieja. Pasado el Chalet del Rey, viramos a la izquierda, nos refrescamos en el manantial del Resalao y recogemos agua en las cantimploras. Seguidamente nos enfrentamos con un fuerte repecho ante cuyo obstáculo brota el sudor por primera vez perlando la frente con gruesas gotas. Después de un par de zig-zags llegamos al collado de Juan Toribio y enseguida a la Colladina de Covarrobres. El camino vira bruscamente, tomando dirección SE.-NO. El paisaje sufre la misma transformación, comenzando los roquedales que a medida que avanzamos irá tornándose más agreste. El camino se abre paso en la parte baja de la ladera del Peña Vieja teniendo a la izquierda el Hoyo de la Lloroza, con sus clásicos pozos.

Llegados a la Vueltona, tropezamos con el primer planchón de nieve. El guía dice que el caballo no puede continuar más, al mismo tiempo que nos señala el camino cubierto de nieve en su mayor parte. Discutimos un poco, pero, para desdicha nuestra, el guía dice que «nones». Son las 11,25, descargamos las mochilas, abonamos sus servicios. Seguidamente le vemos alejarse.

¿Con que con una «propí» se arregla todo eh? Coge eso y andando.

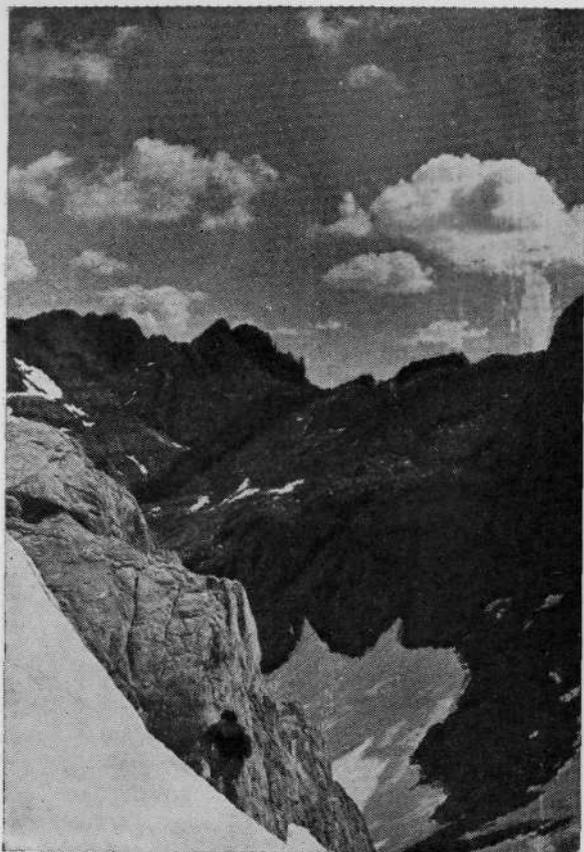


En la Collada Torre Blanca.



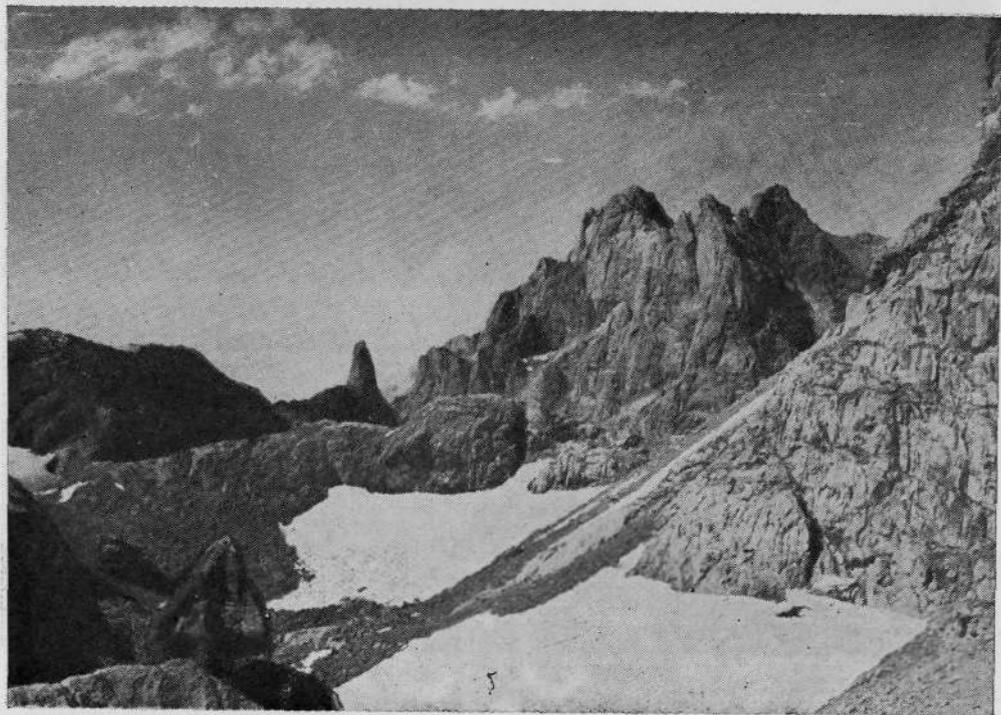
El Madejuno desde el fondo de nuestra tienda.

(Fotos Eli Ojanguren)



*«... hasta el pie del
Llambrión. Salvar dos
o tres inclinadísimas
lenguas de nieve...»*

(Fotos Eli Ojanguren)



El Macizo del Cerredo y el agudo Picón.

Cargando con las mochilas reanudamos la marcha, caminando despacio vamos remontando la pendiente acentuada por la carga que transportamos. Quedan en la nieve las frescas huellas de nuestro paso, siendo éste cada vez más lento, menudeando las paradas. Alcanzamos por fin el cruce de la Canalona-Horcados Rojos. Aquí nos separamos de los tres bilbaínos, unas fotos sacadas juntos nos recordará su compañía hasta este lugar. Mientras les veo alejarse, pongo a prueba mi paciencia recogiendo agua en una gotera próxima, entre tanto no doy descanso a la contemplación.

Allá arriba se destacan las enhiestas agujas de Santa Ana; abajo el inmenso embudo que forma el Hoyo sin Tierra; en la parte opuesta los picos del Hoyo Oscuro y el de San Carlos. Todo lo que alcanza la vista es de una belleza agreste que haría sobrecoger el ánimo del profano y llena de admiración al montañero. Montañas de atrevidas líneas faldeadas de nieve, afiladas agujas y monolitos de todas formas y estos Hoyos característicos en los Picos, que son verdaderos embudos de roca suelta y multiforme de gigantescas proporciones. Y aún nos falta por ver lo más importante. Bajo los rayos del brillante sol, las montañas parecen brillar con su color gris plateado que contrasta con el intenso azul del cielo sin una nube. Enfrente se divisan el Madejuno y el Pico Tesorero, dos de nuestros objetivos, en medio de los dos un frente de niebla blanca avanza lenta e inexorable, quien poco a poco va cubriendo el Pico Tesorero. Le estoy observando hace un rato y me empieza a preocupar. La niebla blanquecina a quien en un principio no le habíamos dado ninguna importancia, acaba «tragándose» también al Madejuno y sigue avanzando imperturbable. Tomamos nuestras medidas, anotando direcciones con plano y brújula y estudiamos el terreno hasta donde la vista alcanza luego, más allá ya veremos...

Nos colocamos las mochilas, siguiendo el sendero cubierto de nieve que flanquea las inclinadas pedrizas al pie del Horcados Rojos. Al final del mismo un fuerte repecho nos espera que después de ascenderlo nos lleva a una loma donde encontramos unas piedras, al parecer colocadas para hacer algún vivac. Nos detenemos y protegiéndonos del viento al amparo de ellas nos aprestamos a comer, que bien ganado lo tenemos. Son las 14 horas, desde que salimos esta mañana; aparte del bocado tomado en Aliva, no hemos probado nada. Decidimos comer suficientemente y con tranquilidad. Aún no ha aparecido ante nosotros la Collada Torre Blanca, nuestro objetivo de hoy, junto a la ascensión a la cumbre del mismo nombre si es que nos da tiempo. No sé, al paso que vamos...

Las nubes han cubierto ya todos los Picos y van descendiendo más y más, tornándose oscuras, amenazando lluvia. Unas finas gotas de agua que caen nos obligan a «levantar el campo». El viento azota fuerte. ¡Cómo ha cambiado el día! Con esta desagradable perspectiva, reanudamos la caminata.

Pronto la niebla nos cubre con su gaseoso manto, limitando la visibilidad a un espacio muy reducido. La nieve cubre gran parte del terreno; unas veces sobre ella y otras sobre el sinfín de rocas, vamos avanzando con lentitud. Trasponemos unas rocas, ladeamos otras, atravesamos planchones de nieve sin que nada encontremos que nos indique nuestra posición.

¿Iremos bien?

La pregunta sin respuesta se revuelve en nuestra cabeza. El tiempo pasa, las consultas a la brújula son constantes, y nada encontramos que nos aclare nuestra duda. Una finísima lluvia atraviesa la niebla, empapándonos poco a poco. Vamos completamente despistados sobre este desordenado pedregal. Los grandes peñascos ceden sitio a grietas o hendiduras cubiertas de nieve, obligando al constante uso de las manos, bien para salvar pasos dificultosos o evitar resbalones. La temperatura ha descendido, el frío se deja sentir. Aceleramos el paso, pero pronto el peso de la mochila frena nuestros impulsos volviendo al mismo ritmo que antes...

Esta niebla...

Apenas vemos más de veinte m., a no ser por la brújula diríamos que estamos dando vueltas en el mismo lugar. Pero no. Pasamos ahora un nevero mayor que cualquiera de los anteriores y con tendencia a descender, seguido otro de inclinación muy pronunciada. Ante él nos detenemos dudando. ¡Adelante! ¿Tendremos suerte?

Calzado con botas de montaña abro camino. A falta de piolet, tallo los escalones con las punteras. Mi compañero, calzado con chirucas, no cesa de rogarme que marque mayores. La pendiente de nieve muy inclinada se pierde unos metros más abajo fundido con la niebla, y no vislumbramos su final. Pasado la rampa, ya sobre las rocas, respiramos más tranquilos. Abajo, semiborradas por la niebla vemos tres o cuatro piedras superpuestas. Nos acercamos veloces. Nuestra satisfacción es grande al comprobar que se trata de un cairn, más allá otro, sin dudar un instante nos lanzamos por ellos. Después de caminar más de hora y media desorientados, nos sentimos con alguna probabilidad de éxito. Vamos en dirección Oeste; la ladera por la que caminamos debe ser la que del Pico Tesorero desciende al Hoyo Engros. De lo contrario estamos perdidos. Caminamos con más decisión, aunque no más rápidos. Varias lenguas de nieve de mediana inclinación nos cortan el paso.

El trabajo de tallar escalones con las punteras de las botas, es cansado y soberanamente aburrido. Un golpe, luego otro, asentar el pie y ya está un paso. Un golpe seguido de otro, asentar el pie, y ya está otro paso. ¿Cuánto tiempo dura ya esto? Es terrible, vamos cansados, muy cansados. El peso de la mochila nos agobia, las cinchas nos penetran en los hombros ya doloridos de soportar la carga y esto sigue igual. Un golpe, luego otro, asentar el pie y ya está. otro paso más..., no termina nunca.

Llevamos ya largo rato que no nos cruzamos una palabra. ¿Dónde está nuestra moral? Aquel optimismo que nos embargaba, ¿donde se habrá metido? Llegamos a un sitio menos abrupto, enfrente un nevero nos corta el paso hacia la izquierda, descendiendo en inclinadas rampas. Al tropezar con él abandonamos. Vencidos por el cansancio, calados hasta los huesos y ateridos de frío, nos deshacemos de las mochilas.

¿Estará lejos la Collada? ¿La habremos sobrepasado?

La duda pesa sobre nosotros. Es desesperante; desorientados por completo, perdidos en el corazón mismo del Macizo Central nos dejamos llevar por el desánimo y el abatimiento. En estas condiciones sería peligroso aventurarse. Sentados con la cabeza entre las manos, en completo abandono, nos dejamos llevar por nuestros pensamientos ante la triste realidad que nos rodea, sin darnos cuenta de los embates de este viento helado ni de la pertinaz lluvia —que cada vez va en aumento— que cae sobre nosotros. Más desencansados nos resistimos a abandonar.

¿Y si estuviera cerca la Collada Torre Blanca?

Sin pensarlo más, en una pequeña reacción, voy nevero adelante, dejando al compañero al cuidado de las mochilas, lo atravieso; una vez sobre las rocas voy veloz. Enseguida tropiezo con otro nevero; al no vislumbrar su final cedo, pese a mi voluntad y retrocedo.

Llegado junto a mi compañero solamente encontramos una solución: instalar el «camping» como sea. Limpiamos de piedras el lugar elegido a la orilla del nevero. Con los miembros entumecidos, y las manos frías, nos cuesta bastante su instalación; para asegurarlo, lo sujetamos fuertemente con piedras y clavijas, y sin pensarlo más nos alojamos en su interior.

¡Qué alivio!

Disponemos el interior y encendemos el hornillo; un agradable calorillo nos envuelve, que, acompañado del tufillo de la cena en preparación, nos devuelve algo de optimismo, aunque nuestra situación no se presenta nada halagüeña. Después de cenar, po-

nemos toda la ropa seca disponible. Ya en los sacos, estamos listos para esta primera noche en los Picos.

Nunca, ni tan siquiera una vez, cuando preparábamos nuestros planes, nos había pasado por la imaginación que habíamos de encontrarnos en tan triste situación. Bueno será tenerlo presente para futuras ocasiones. A la montaña se le conoce frecuentándola; en ella se aprende que no tan sólo una preparación física adecuada y una voluntad firme son suficientes para lanzarse a la aventura de su conquista, sino que han de ir estrechamente unidos a una preparación moral elevada, que servirá en momentos como el presente para mantener la tranquilidad con un espíritu sano y un estado de ánimo elevado, que nunca han de faltar en quien se lance a esta clase de empresas, para que al final dé el resultado apetecido que traerá consigo esa íntima satisfacción que sentimos todos al conseguir lo que deseamos.

NOCHE ETERNA

—Ya no sé de qué lado ponerme, me duelen todos los huesos.

—Y a mí...

—Voy a encender la vela en un momento, haber si consigo quitar dos o tres piedras que me molestan.

La luz de la vela ilumina el interior del «camping», cuya estructura tambalea a los embates del fuerte viento, dando la sensación que la va a arrancar de cuajo. Del sordo ruido que produce al chocar contra la lona, deducimos que continúa lloviendo con intensidad.

¡Qué noche más perra! Si continúa así...

Y aún sólo son la una y veinte. El suelo pedregoso impide encontrar postura cómoda para poder conciliar el sueño. Aún así, creemos haber tenido suerte al tropezar con este rellano que nos ha dado oportunidad para mal instalar el camping. Una noche de éstas a la intemperie nos hubiera destrozado la moral, guiándonos a la desesperación, en cuyo estado quién sabe las determinaciones que hubiésemos tomado. Nuestra afición a la Alta Montaña hubiera menguado considerablemente, por no decir que la hubiésemos perdido por completo, aparte que quedaríamos en tan lamentable estado que hubiésemos tenido que retirarnos sin haber llevado a cabo nuestro plan y entonces... adiós ilusión.

El continuó ulular del viento que hace gemir a la tienda desde las clavijas hasta los palos, unido al suave pero desesperante siseo de la lluvia sobre la lona, nos mantiene inquietos y nerviosos. En momentos en que el viento afloja, el tic-tac del reloj nos recuerda que el tiempo pasa, pero tan despacio...

Por nuestra mente desfilan los recuerdos de excursiones y escaladas anteriores que en plan de preparación, realizamos con toda ilusión, poniendo todo nuestro afán en adquirir una puesta a punto que nos permitiese desenvolvernos con holgura. Ahora quizás nos veríamos obligados a una inactividad forzada dentro de la media docena de metros cuadrados escasos que ocupa la tienda. Un día o dos en estas condiciones lo podríamos aguantar, pero luego...

«DESPUES DE LA TORMENTA...»

DIA 17

—¡Eh! Despierta, debe ser tarde.

—Qué... tarde... Ah, sí, pero si me he dormido. ¿Has dicho tarde? ¡Si son escasamente las seis!

—No puede ser, no estaría tan claro.

Pues es verdad. Estas últimas palabras me hacen cruzar una ilusa idea que, automáticamente, salgo disparado del saco a soltar las cintas de entrada.

¡Oh...! No, no he sido un iluso.

Los rayos de sol brillan sobre las mojadas rocas, el cielo azulado cubierto en zonas por blancas nubes se muestra esperanzador. Me vuelvo a mi compañero que espera con gesto interrogante. Como respuesta le levanto la lona mostrándole el exterior. Al momento está a mi lado con cara de incrédulo; luego nos miramos los dos y empezamos a reír, a reír de alegría, como niños. El camping está inmóvil. Ya no se le siente tambalearse bajo el impulso del viento, ni la lluvia sisea sobre su lona. Todo está quieto, silencioso. Parece increíble, pero es la verdad. Quién lo hubiera dicho después de una noche tan infernal. Muy despacio, como si temiéramos que nuestros movimientos desataran de nuevo el temporal, salimos del «camping».

—Mira, Collada Torre Blanca.

—Sí, es verdad, y a menos de cien metros.

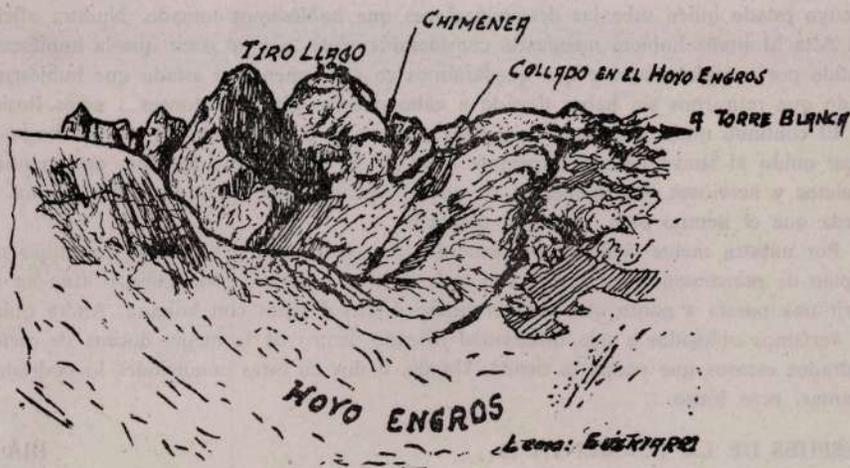
—Cien pasos más y hubiéramos llegado, sólo cien pasos. (Oigo lamentar a mi compañero).

Tan sólo esa escasa distancia nos separa de nuestro objetivo de ayer. Quién lo hubiera dicho. ¡Ay aquel nevero! Si me hubiera decidido a atravesarlo. ¿Quién al tropezar con él, hubiera pensado que justamente al otro lado, a menos de treinta metros, tenía el único lugar en esta zona donde podíamos habernos instalado con alguna comodidad? Al estar en la collada, a pesar del temporal, hubiésemos estado tranquilos, porque aun en caso de retirada por persistir el temporal, tendríamos una base segura para orientarnos.

Estas consideraciones se van esfumando poco a poco a medida que mi vista recorre el panorama, que me va dejando absorto e inmóvil.

DESCRIPCION

En efecto estamos situados en la vertiente Sur del Tesorero. Debajo nuestro, los Hoyos Engros cubiertos de nieve; a la derecha La Collada Torre Blanca; al fondo, por encima de ella, el Llambrión, donde comienza la aguda crestería que desciende en dirección



Oeste-Este, con cierta tendencia al Sur hasta el Madejuno; del medio de esta cresta desciende un brazo rocoso, de fácil acceso, en dirección Norte hacia el Tesorero, en cuya parte más baja se forma la Garganta del Hoyo Grande, más conocida por Collada Torre Blanca. Esta divide los Hoyos Engros del Hoyo Trasllambrión. Seguido de este último y en dirección Norte-Oeste, viene el Hoyo Grande que va a parar a la Canal de Dobrengos, por donde se desciende a Caín. Desde el Madejuno, y en la misma dirección Oes-

te-Este, sigue la cresta con interminancias que forman las cumbres de Torre del Hoyo Oscuro, Pico San Carlos y Torre Altaiz; dos brazos que parten de esta última se dirigen: uno, hacia el Este, hasta la Vueltona, el otro al Sur, terminando en la Colladina de las Nieves. En la cumbre del Llambrión esta misma cresta forma un vértice del que parten dos ramales, uno en dirección Sur y forma las cumbres de Torre de Casiano de Prado y el de las Minas de Carbón, terminando en diversos brazos rocosos que, allá abajo, forman las Colladinas. El otro toma dirección Norte-Oeste, descendiendo hasta la Torre de La Palanca. En esta última, a media cresta, desciende un brazo rocoso de menor importancia hacia el Norte, en cuya parte final se levanta el agudo Picón.

Hacia el Norte tenemos solamente el Pico Tesorero. Al Este, la Torre de los Horcados Rojos, los Picos de Santa Ana, donde destacan sus agujas y el Peña Vieja.

Este es el escenario elegido por nosotros para nuestras andanzas. Aéreas cresterías de difícil acceso, cumbres de agudo perfil, paredones cortados a pico... y buen tiempo. ¿Qué más podemos desear? Olvidemos lo pasado, elevemos nuestra moral reponiendo nuestro malparado optimismo y lancémonos a la conquista de las cumbres que, cual hechiceras sirenas, nos atraen con su canto de maravillosa grandeza.

PARTE DE ASCENSIONES

DIA 17, MADEJUNO

11 h. 0'.—Salida del «camping»; descenso al Hoyo Engros, atravesar por su parte baja enfrentándose seguido con un mediano repecho.

11 h. 25'.—Alcanzar una collada en medio de los Hoyos Engros situados al pie del Tiro Llago, descender a la parte opuesta, salvar una lengua de nieve muy inclinada, caminar por la falda al pie del cresterío, finalmente sortear una pedriza por su orilla.

11 h. 50'.—Pie del Madejuno; comenzar la escalada, subir por una inclinada cornisa en diagonal a la derecha (primer grado), alcanzar la brecha salvando un bloque, continuar por la misma hasta dar vista a la vertiente opuesta; a la izquierda subir en escalada libre unos ocho metros de pared (2.º grado).

12 h. 15'.—Cumbre de Madejuno, 2.507 metros.

DIA 18, LLAMBRION Y TIRO TIRSO

11 h. 0'.—Salida de Collada Torre Blanca; descender a los bajos del Hoyo Trasllambrión, caminar por el nevero, al comenzar la sobrependiente abrirse a la derecha, alcanzar las rocas y trepar por ellas (teniendo crampones o simplemente piolet, se puede continuar muy bien por todo el nevero hasta el pie del Llambrión), salvar dos o tres inclinadísimas lenguas de nieve. Alcanzar el nevero final, atravesarlo y finalmente salvar la estrecha rimaya.

12 h. 15'.—Pie de Llambrión; descanso quince minutos. Comenzar la escalada a la derecha subiendo unos metros (primer grado superior); hacia el final, un poco a la izquierda, una chimenea corta, roca descompuesta (2.º grado superior), seguido alcanzar la cresta.

12 h. 40'.—Cumbre del Llambrión, 2.640 metros.

13 h. 20'.—Descenso; regresar al nevero, caminar por su parte superior al borde de la rimaya y llegar a la brecha que da vista al Hoyo de los Llagos y separa al Llambrión del Tiro Tirso.

13 h. 45'.—Pie de la arista Oeste del Tiro Tirso; subir por toda la arista, escalada muy aérea (2.º grado).

14 h. 0'.—Cumbre del Tiro Tirso, 2.635 metros.

DIA 19, TORRE BLANCA Y TIRO LLAGO

11 h. 45'.—Salida de la Collada; subir por la parte izquierda del brazo rocoso que descende del Torre Blanca, seguir hasta el nevero, en ocasiones semi-metidos en la rimaya hacer unos pasos de flanco (primer grado), en la parte superior dejar el nevero a la izquierda, alcanzar la antecima, a la derecha queda el precipicio que descende al Hoyo Traslambrión.

12 h. 20'.—Cumbre del Torre Blanca, 2.610 metros.

La cumbre de este monte lo corona una torreta cuadrada.

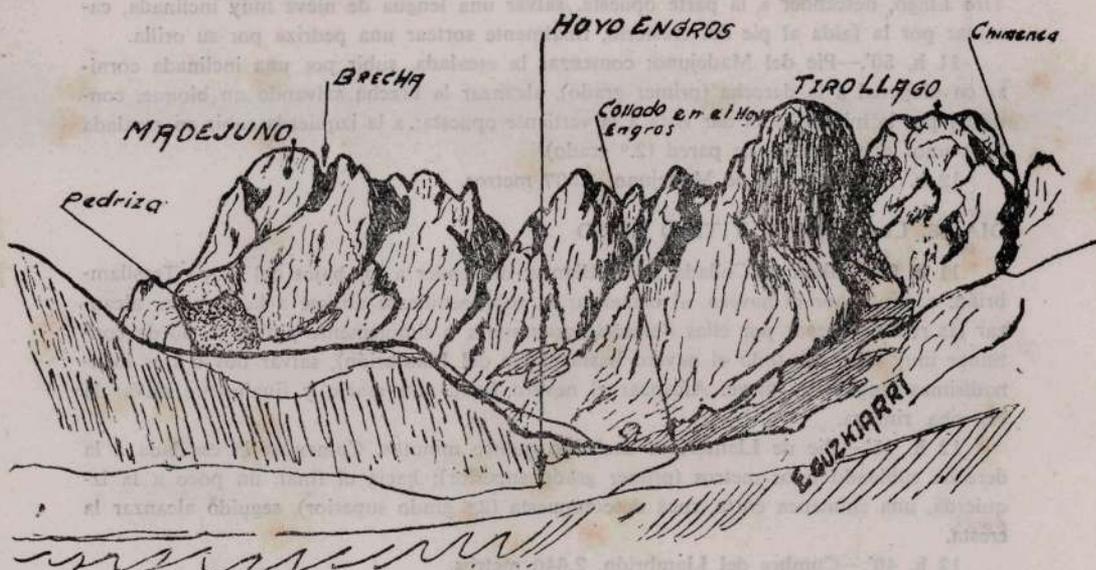
12 h. 40'.—Regresar junto al nevero, flanquear en dirección Este, alcanzar la cresta y caminar por su parte izquierda, pasar junto a un boquete-túnel, seguido descender un poco.

13 h. 15'.—Base de la chimenea; salvar un trozo corto de roca lisa de formas redondeadas con escasos agarres (tercer grado), penetrar en la chimenea, más bien un pasillo estrecho entre altas paredes muy lisas, suelo de pedriza de gran inclinación, con peligro de corrimiento; pasar hasta la parte Sur, superar en escalada libre a la izquierda, diez o doce metros, con escasos pero sólidos agarres (2.º grado superior), variar hacia la izquierda y terminar la escalada por la cara Norte (primer grado).

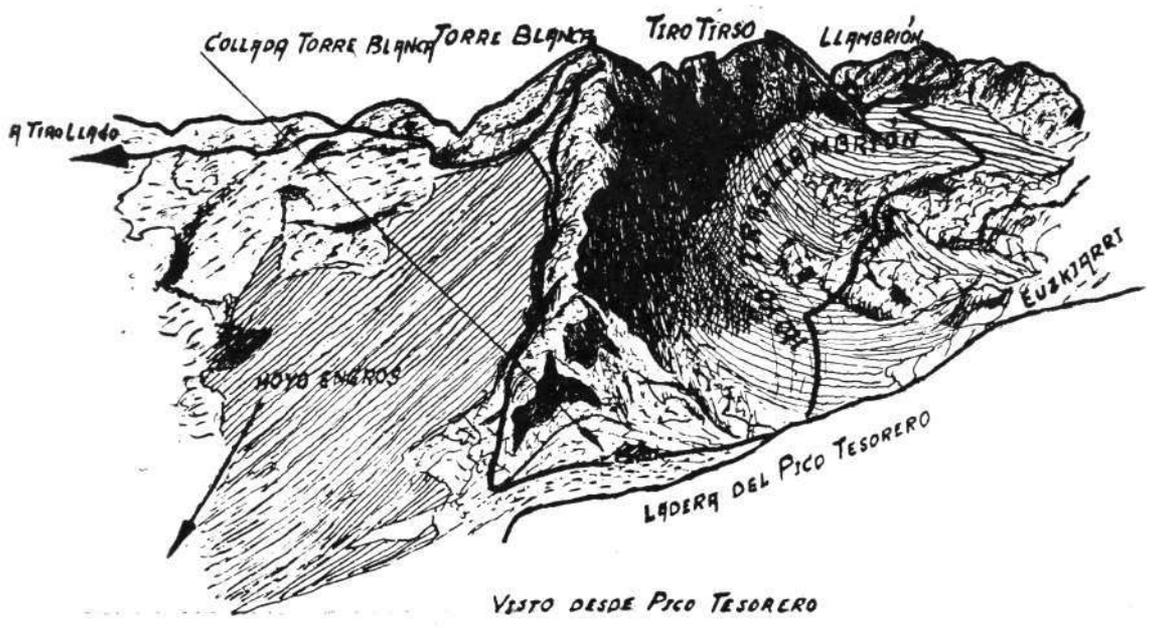
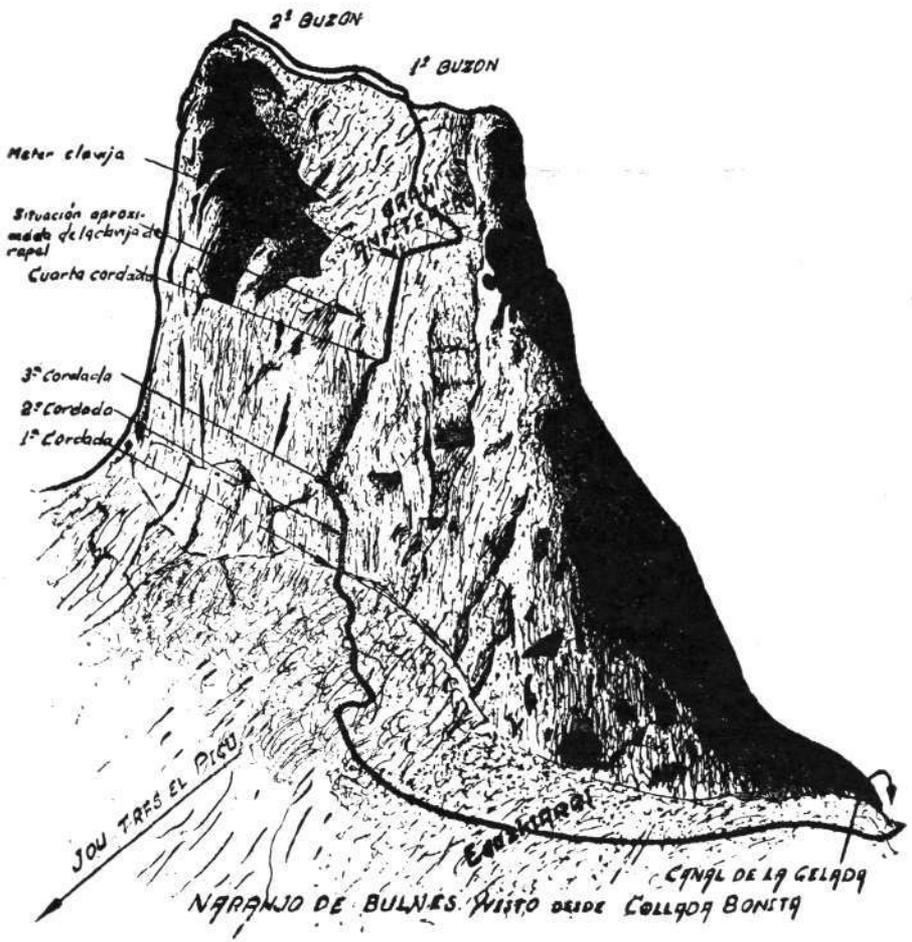
13 h. 35'.—Cumbre del Tiro Llago, 2.560 metros.

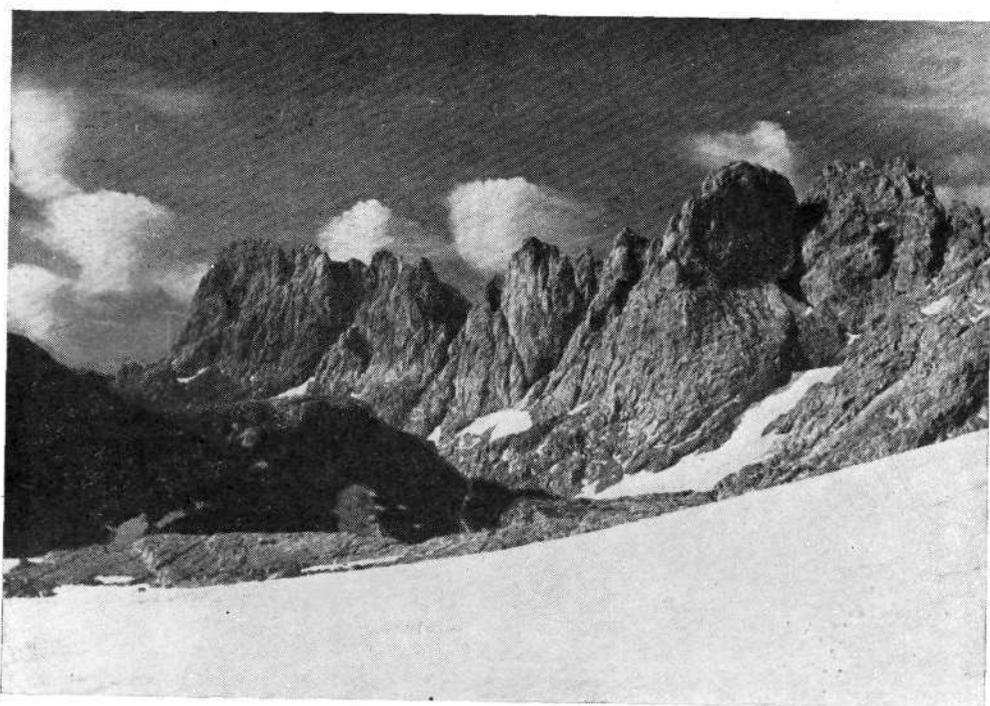
IMPRESIONES

Acabamos de alcanzar la cumbre del Madejuno, entre las piedras de su cumbre no encontramos álbum. Con plano y brújula vamos conociendo los picos por sus nombres. Regresamos al «camping»; en la Collada encontramos a tres madrileños que acaban de

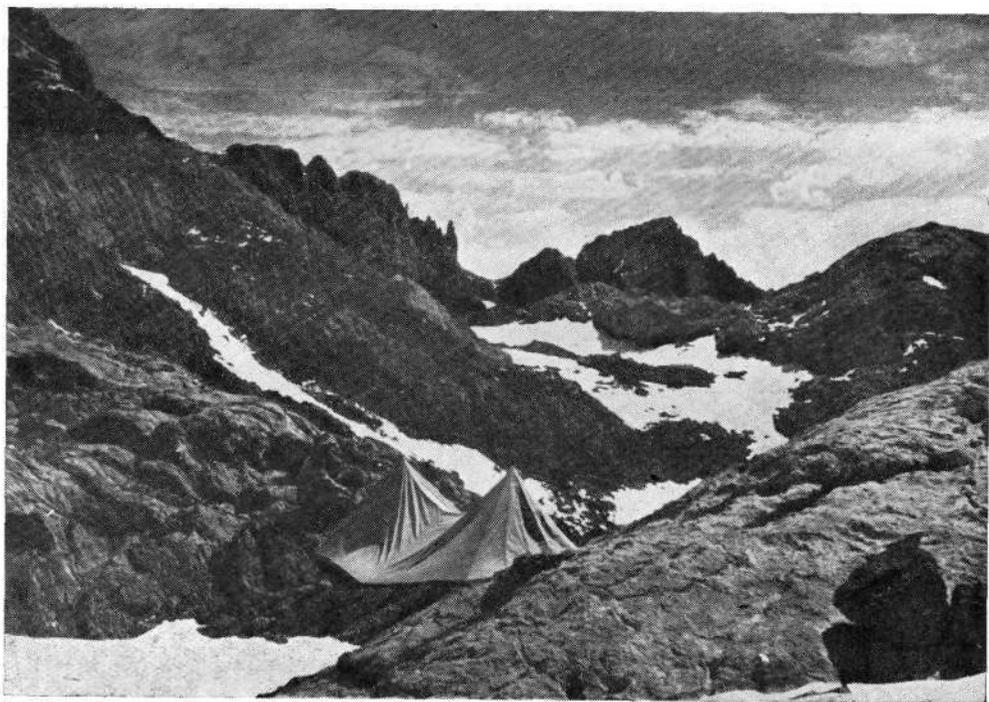


llegar procedentes del refugio del Collado Jermoso, habiendo escalado el Llambrión; al atardecer subirán a Torre Blanca. Nos informan que los tres bilbaínos que vinieron con nosotros, no habían llegado al Collado Jermoso como era su intención. Probablemente después de su ascensión a Peña Vieja, y en vista del mal cariz que tomaba el tiempo, regresarían a acampar a Aliba (a no ser que hubiesen quedado por ahí «tirados», como





« . . . cresterías de difícil acceso, cumbres de agudo perfil, paredones cortados a pico . . . y buen tiempo . . . »



Al Este, la Torre de los Horcados Rojos, los Picos de Santa Ana donde destacan sus agujas y el Peña Vieja.

(Fotos Eli Ojanguren)

nos había sucedido a nosotros). Lo cierto es que esta mañana aún no habían llegado al refugio. Tres años han pasado, y aún no he tropezado con ninguno de ellos para saberlo. A media tarde, trasladamos las cosas al Collado. Al llegar a ella los tres madrileños nos miran boquiabiertos, luego se cruzan unas palabras entre ellos. Me miro a mí mismo, luego a mi compañero; yo no veo nada anormal. ¡Esto no me gusta nada! ¡Caray! ¿Qué estarán pensando de nosotros? Por ahora me quedo con las ganas de saberlo. A la noche, cuando nos ven lanzarnos como fieras a por la cena, comenta uno de ellos:

—Así se comprende que abulten tanto las mochilas.

¡Ah, eso ya es otra cosa! Yo también comprendo el motivo de su perplejidad. Nos sobra comida, por haber perdido dos días. ¿Qué quieren que hagamos con ella, sino comérmola? Así aligeraremos las mochilas.

A la puerta de mi tienda saboreo el aroma de un cigarrillo. Es ya de noche. En el cielo las estrellas parpadean picarescas, como promesa de buen tiempo. Allá lejos, muy lejos, unos rayos rasgan el negro horizonte. Comunico la noticia a mi compañero, éste no quiere saber nada.

Lo único que quiero es dormir, dice.

Bueno, allá voy yo también.

Con una mano alcanzo una presa buena al final de la corta chimenea; un esfuerzo, y me incorpore sobre la cresta. ¡Oh, maravilla! ¿Cómo describir, pobre de mí, el conjunto que ante mi vista presenta la Naturaleza? El magnífico panorama quedará para siempre grabado en mi retina. Magnífica la estampa del Macizo Occidental emergiendo, cual flotante isla del mar de nubes de irisado color, en ella eleva airosa su altiva cumbre aquella montaña que llaman Peña Santa de Castilla.

Este día regresamos a la Collada deslizándonos por el nevero. Desde su parte baja se divisa el Macizo del Cerredo y el agudo Picón. A la caída de la tarde, de nuestro «camping» vemos al Madejuno dorado por los rayos del sol y su falda que empieza a ser laminada por el mar de nubes, que cada vez sube más. A la noche se repite la escena del día anterior, pero esta vez los rayos son cercanos y surcan la noche por todas direcciones. Veo muy difícil que nos libremos hoy de la tormenta. Con esta obsesión nos acostamos.

Pronto comienza la danza. Un espantoso trueno nos hace incorporar sobresaltados. Antes de reaccionar, una exhalación suena seca como un trallazo.

¡Venga! Todo lo que sea hierro fuera cuanto antes.

Al poco salgo con un alijo de clavijas, mosquetones, etc. Un rayo cruza el espacio, con su luz ilumina los Picos como si fuera de día, luego todo parece más oscuro. Abandono las «herramientas» bajo un peñasco y presuroso regreso al tiempo que un trueno hace retemblar a la montaña desde sus cimientos. Rayos y truenos nos tienen sobrecogidos de miedo uno junto al otro, con la cabeza metida dentro del saco. Afortunadamente no dura mucho. Un imponente granizo, que tamborilea fuerte sobre la lona, le sustituye. Poco después, curados del susto, dormimos plácidamente.

Se marchan los madrileños, subirán a Peña Vieja; de allí, por Collada Bonita, se trasladarán a la Vega de Urriello. Allí intentarán la escalada del Naranjo. No tienen buen día para la travesía, todo está nublado, siendo escasa la visibilidad. Nosotros (D. m.) mañana haremos la travesía al pie del Naranjo. Hoy subimos al Torre Blanca y Tiro Llago. Esta última cumbre es la que nos ha parecido la más difícil hasta ahora.

DÍA 20, CONTRA VIENTO Y MAREA

La niebla sigue enseñoreándose de los Picos; el viento «pega» fuerte. De todos modos ya está decidido, todo menos quedarse aquí «plantados». De la collada de los Horcados Rojos subiremos al Tesorero y luego proseguiremos hasta la Vega de Urriello. Nuestros peores enemigos, la niebla, la lluvia y... la mochila. Por la nieve no nos importa; además,

sin ver no se puede creer la cantidad de ella que han quitado estos dos días de sol. A las 9,20 salimos de la Collada, que pronto se disipa entre la niebla. Media hora después, comenzamos a ascender suavemente; en este momento el tiempo empeora y empieza a llover. Por la lluvia desistimos de subir al Tesorero. Llegamos a la Collada de Horcados Rojos. Una barrancada nos corta el paso. Hemos sufrido un pequeño despiste. Creíamos haber pasado este punto hace unos veinte minutos; con esa confianza ahora, tomamos a la derecha que nos llevaba al lugar donde habíamos de pasar el momento más crucial de esta excursión.

«DONDE HAY UNA VOLUNTAD HAY UN CAMINO»

Caminamos en plan ascendente y al parecer bordeando un hoyo muy amplio. El terreno cada vez es peor, pronto tenemos que hacer uso de las manos. Unos flanqueos en terreno casi vertical nos hacen titubear un instante. Dudamos entre sacar la cuerda, finalmente decidimos continuar como hasta ahora; si empeora un poco más emplearemos la cuerda, mientras tanto extremaremos las precauciones.

Ha cesado de llover, la niebla va aclarando poco a poco, un hálito de esperanza llena nuestro pecho; miramos con los ojos bien abiertos con ansia de ver algo que nos sirva de referencia. Mas, ¡ay!, nuevamente vuelve a oscurecer, esfumándose nuestra esperanza. Pero hoy tenemos una moral inquebrantable, no estamos para rendirnos a la primera. Salimos dispuestos a todo y lucharemos.

Sí, lucharemos, pero ¿a dónde iremos a parar? Sabemos que nos hemos perdido; cada paso que damos resuena en nosotros con este eco: «¡Nos hemos perdido, nos hemos perdido...!» A las doce alcanzamos lo que creemos ha de ser un collado; al Noreste un tajo profundo nos corta el paso. Nos quitamos las mochilas, ha sido una buena tirada para hacerlo de una vez. Hago un pequeño reconocimiento hacia el Sur. Encuentro una aguja de unos veinticinco metros al borde mismo del corte. Comunico a mi compañero y sin esperarle, escalo a su cumbre animado por la idea de que pueda encontrar alguna tarjeta que nos sirva de referencia. No encuentro nada, Ni la idea de haber realizado una «primera» me sirve de consuelo. Ignoramos nuestra situación, y esto es lo que nos exaspera. A las doce y media comenzamos a descender en dirección Noroeste que, a nuestro parecer, es la que más nos conviene. Al poco descendemos por un estrecho corredor muy inclinado; después de complicadas maniobras me encuentro en un callejón sin salida unos treinta metros más abajo. Nuevamente para arriba, retrocedo hasta su origen. Tomamos un poco más a la derecha, perdemos altura rápidamente. Parece que ahora vamos mejor. Casi una hora llevamos bajando. De pronto a la derecha un corte de unos veinte metros, enfrente una barrancada corta en malas condiciones. Nos decidimos por el corte. Empieza el descenso sobre una corta chimenea de unos dos metros, rematada por un pequeño bloque muy sólido; le sigue una inclinada cornisa, así como de medio metro de ancha, que va hasta abajo. Agarro al bloque con las dos manos y dejo deslizar los pies hasta quedar colgado; con una maniobra más me coloco sobre la cornisa. A la derecha, en la pared, hay un saliente de roca. Sin darme cuenta paso el brazo por él; este instintivo movimiento iba a ser nuestra salvación. Le toca el turno a mi compañero; al agarrar el bloque da un paso en falso, sin darle tiempo para rectificar el fallo, cae despeñado al abismo.

Voy a iniciar el descenso por la cornisa; en este momento, un quejido silencioso lleno de angustia, me hace girar sobre mí mismo en el momento preciso en que pasa a mi lado mi compañero con la espalda para abajo; justamente consigue asirse al borde de mi pantalón, al tiempo que yo le sujeto con una mano por no sé dónde. El brazo izquierdo pasado por el saliente aguanta el tirón, al parar en seco choca con la mochila contra la cornisa y queda colgado sobre el vacío cabeza abajo, sin que se hiciera ningún rasguño.

¡Gracias a Dios! Todo ha sido instantáneo. Allá abajo hay numerosos bloques de todos los tamaños con agudas aristas; ellos también cayeron en el transcurso del tiempo y están allí quietos, inmóviles. Afortunadamente, no cayó tan abajo mi compañero.

Salvado el mal momento y la cornisa, descendemos un poco más. Al amparo de un gran bloque, reponemos fuerzas. Son casi las dos y nuestra situación no es envidiable. Metidos en un terreno abrupto por excelencia, desconocido para nosotros y envueltos por la niebla, por esta maldita niebla que la ha tramado contra nosotros cuando menos falta nos hacía. La brújula y el plano son nuestros aliados. Después de concienzudo estudio tomamos derechos para el Norte al reanudar la marcha. Subimos una cuesta corta, al final encontramos algo de hierba, seguido entramos en un hoyo alargado con ligera tendencia a descender. Al encontrar hierba en algunas zonas pensamos en que sea la Vega de Urriello; pero no, media hora después termina esto tropezando con un buen repecho. Nos enfrentamos con él. En una pedriza se adivina un sendero que termina por perderse; dos o tres veces nos ocurre lo mismo. Entretanto hemos ganado altura, ahora caminamos despacio. El esfuerzo realizado durante el día se deja sentir y esto repercute en nuestra marcha. De nuevo empieza a lloviznar, en vista de esto quitamos las mochilas y efectuamos un reconocimiento. Al rato regreso lleno de alegría por haber encontrado un sendero, esta vez bien definido. Cortazar me espera, ha encontrado un «camino bueno», según dice él. En efecto, para estar en Picos es inmejorable. Siguiéndole, al poco comenzamos a descender. Diez minutos más tarde un ¡hurra! estentóreo brota de nuestros pechos. Ante nuestra vista ha aparecido el recién inaugurado refugio de la Vega de Urriello. La idea de que esta noche dormiremos en él nos apresura el paso. Medio corriendo medio andando llegamos jadeantes.

No hay nadie, está cerrado. No importa; hemos llegado, y esto es lo principal. Hemos llegado a costa de mucha voluntad; las dificultades, mucho mayores que el primer día, han sido superadas derrochando moral a jarros. Hubo un momento de flaqueza, a la que supimos sobreponernos a tiempo. Ahora estamos contentos junto al refugio, al pie del Naranjo.

DIA 21, EN LA VEGA DE URRIELLO

Un frío intenso nos ha mantenido medio despiertos durante la noche. Estoy dentro del saco con toda la ropa puesta, dos pares de medias, dos camisas, un jersey, un chaquetón de gabardina, el pantalón corto y encima el largo de paño; así y todo no ceso de tiritar. A las seis decido salir del «camping». Está nevando copiosamente; es una nieve licuada que en la hierba no cuaja, pero que ha blanqueado la montaña. La niebla sigue enseñoreándose de los Picos. Hoy aguantaremos el día en el «camping» y mañana intentaremos el Naranjo en las condiciones que sea.

DIA 22, EL NARANJO DE BULNES

Son las siete y media cuando salimos del «camping». La nubosidad es inferior a los días precedentes. Ha cesado de nevar, aunque sigue haciendo mucho frío. Subimos por la canal de La Celada de empinada pendiente, acentuada al final. El suelo pedregoso obliga a un mayor esfuerzo. La niebla muy oscura danza a los caprichos del viento que no presagia nada bueno. Aun así estamos dispuestos a efectuar la escalada. Nuestra voluntad se mantiene inquebrantable, el espíritu de escalar y vencer al Naranjo nos ha mantenido firmes en nuestra postura. La estancia en la Vega de Urriello se hace desagradable y hoy es la gran ocasión. ¿No era acaso nuestro principal motivo de traslado a los Picos de Europa, la escalada del Naranjo? A eso vamos dispuestos. Un golpe de viento barre por un momento la niebla permitiéndonos ver las sombrías paredes de la cara Norte, cuya visión aumenta nuestra incertidumbre e inquietud, aunque no por eso haya

minado nuestro ánimo. Alcanzamos por fin el collado que domina el Hoyo Tras el Picú.

A las nueve y diez, doy comienzo a la escalada. Hemos estudiado las vías corrientemente empleadas, optando por la «directísima». Llevo conmigo algunas clavijas y mosquetones. Si acertamos con la vía nos sobrarán las clavijas, por estar ya colocadas por A. Martínez al ser ésta la vía que él emplea en sus ascensiones. Primera cordada; es intensa mi excitación al aferrar con mis manos las primeras presas del Naranjo. Subir aprovechando una grieta que proporciona buenos agarres, proseguir por las llambrias. Después de un paso delicado se alcanza la primera plataforma (4.º grado). Segunda cordada. Subir hasta una clavija que hay unos cuatro metros más arriba. Asegurar la cuerda en ella y regresar a la plataforma; de la misma, hacer un paso horizontal a la derecha, tres o cuatro metros, llegar a unas grietas muy estrechas, seguir a ellas y salvar una llambria, seguido se llega a la segunda plataforma (4.º grado). Tercera cordada, iniciar en diagonal a la izquierda, alcanzar una grieta muy ancha y larga, inclinada a la derecha. Hacia la mitad, a la izquierda, hay una clavija. Terminada la chimenea se llega a una cornisa alargada donde se encuentran dos clavijas (tercer grado). Cuarta cordada; la pared ha perdido verticalidad y todo se reduce a subir por unas llambrias, unos cuarenta metros; seguido hacemos una diagonal a la derecha entrando en el Gran Anfiteatro (2.º grado). El resto hasta la cumbre no necesita del empleo de la cuerda. A las once y quince de la mañana alcanzamos la cumbre.

El apretón de manos no se hace esperar. La visibilidad es nula, excepto para la parte de las Torres del Oso y del Carnizoso, cuyas cumbres se dejan ver en algunos momentos. Allá abajo el Hoyo Tras el Picú, trescientos metros más abajo, nos permite calcular la terrible pared que hemos superado.

Treinta y cinco minutos más tarde regresamos al Gran Anfiteatro. Nos cuesta bastante encontrar la clavija donde se inicia el rappel, cosa muy importante, ya que las demás clavijas están combinadas con ella para cuerda de cuarenta metros. Finalmente damos con ella, cuando ya desesperábamos en su búsqueda. En cuatro rapeles de veinte metros llegamos a la base, donde comemos tranquilamente. La cantimpiora preparada expresamente para la escalada, y que la habíamos olvidado al subir, nos hace un gran servicio ahora. Allí no nos ha hecho falta, ya que en el Gran Anfiteatro hemos encontrado agua que proviene de la nieve que hay en ella.

Regresamos a la Vega de Urriello desliziándonos veloces por las pedrizas de la Canal de La Celada. Ya nada nos retiene. Preparamos las mochilas, y a las cuatro y quince comenzamos a descender. Caminamos unos diez minutos, tropezando con un barranco. Regresamos de nuevo a la Vega y tomamos un poco más a la derecha, orientándonos con la brújula. Casi a las seis salimos de entre la niebla encontrándonos en la canal de Camburero, a cuya entrada pasamos junto a las ruinas del antiguo refugio. A las seis y veinticinco llegamos al canal de Balcosin; pasamos luego por la villa de Bulnes, y a las ocho treinta alcanzamos la carretera, después de atravesar el río Cares. Es de noche cuando entramos en el bar de Puente-Poncebos. A las nueve y media ponemos rumbo a Arenas de Cabrales envueltos en la más completa oscuridad.

Cansados, rendidos por la dura jornada, deseamos llegar a nuestro destino. Atrás quedan los Picos. En mi mente están grabados los nombres de otras cumbres que no pudimos escalar. El deseo de volver renace. Quiera Dios que entonces nos haga mejores tiempos. ¿Pero cuándo volveremos? ¡Son tantos los proyectos que acariciamos y disponemos de tan pocos días para llevarlos a cabo. Pensamos en ellos, en el futuro. Del pasado no queda más que el recuerdo, y ¿el futuro? Quién sabe si nos ha de llegar. Pero él es la ilusión de la vida, y en él pensamos todos, para que, cuando llegue, veamos realizados todos nuestros múltiples deseos.